

colección rúbrica



MARIETA ALONSO MÁS



LA MAGIA
DE LOS
SENTIMIENTOS

esstudio
ediciones

Preludio

El modesto hogar con las paredes pintadas de blanco, las ventanas de azul y las tejas ennegrecidas —algunas de ellas rajadas por las inclemencias del tiempo— se encontraba situado en las afueras de San Antonio, esa bonita ciudad tejana que tiene en su haber una importante población de emigrantes de todas partes del mundo, en la que abundan los hispanos, término que incluye a todos aquellos que tienen la suerte de hablar español. Fue llamada así por obra de aquellos conquistadores españoles que llegaron a la zona, un 13 de junio de 1691.

«Lo que es el nombre del popular y milagroso santo lo encuentras hasta en la sopa, y en el río que atraviesa la ciudad», afirmaban sus habitantes y algunos de ellos con orgullo y gran devoción se persignaban al hacerlo.

Hoy fuertes ráfagas de viento conseguían que esas hojas secas, verdes, amarillas, otoñales, levantaran el vuelo y fueran a caer lentamente contra la fachada, donde se iban acumulando ante la puerta pintada de azul, a juego con las ventanas, como dando testimonio del inexorable paso del tiempo.

En esa casa alegre y bulliciosa —esta mañana en triste silencio— ha vivido la familia Evans desde finales de 1946.

Thomas, un joven militar norteamericano, soltero, nacido en Philadelphia, guapo como pocos, vino destinado a esta zona tras la II Guerra Mundial. Por poco tiempo, esperaba; siempre había vivido en el este y estaba muy apegado a su familia. Philly, su ciudad, la llamada del amor fraternal, le atraía tanto como al salmón ir a desovar a su río natal. Toda su familia era oriunda, de pura cepa, de esa ribera del Delaware, que tanto amaba y recordó que uno de sus ancestros llegó allí con William Penn en el siglo XVII, tal como contaba con algo de pedantería su abuela.

Candelas, joven española, soltera, de Tenerife, nacida en el pueblo de Candelaria, preciosa de cuerpo, cabellos y cara —no podía ser de otra manera siendo tinerfeña—, de padres nacidos en Garachico, licenciada en Geografía e Historia, y recién llegada, quería documentarse sobre un ancestro suyo que anduvo por estos lares con los franciscanos y que ayudó a crear la misión de San Antonio de Valero, más tarde conocida como «El Álamo», en aquella época lejana en que los territorios de Coahuila, Texas y California pertenecían a la corona de España.

Veréis: la idea de marchar tan lejos, la de venir precisamente a esta ciudad, siempre la había rondado, pero al ser hija única no le fue fácil tomar tal decisión. El

destino quiso que la enfermedad llamara a las puertas de su casa y se llevó a sus padres uno detrás del otro. Ante tanto dolor creyó llegada la hora de soltar amarras.

Nada más poner el pie en esta añorada ciudad —se le llenaba la boca al silabear San Antonio— quimera de su niñez, buscó alojamiento, deshizo la maleta, peinó su alborotada melena castaña oscura, y salió corriendo hacia la catedral católica más antigua de los Estados Unidos, la de San Fernando, donde en el altar mayor una imagen de la Virgen de la Candelaria parecía estar aguardándola para darle la bienvenida.

Allí rogó, rogó y rogó por sus padres que estaban en el cielo, eso lo daba por sentado, no hubo mejores padres en el mundo; y por ella que estaba en la tierra, para no sentirse tan desarraigada, para que la vida no le fuera adversa. Estaba segura de que habiendo nacido en la villa del mismo nombre y llamándose igual que la imagen que la miraba con dulzura desde la altura del retablo, bien podía suceder que le fuera de maravilla, que no se sintiera sola tan lejos de su tierra y arrodillada rezaba con fervor, las manos juntas y la cabeza gacha.

Al cabo de unas horas en las que vio entrar y salir a numerosos feligreses, con las rodillas rojas y doloridas, tanto que durante el sermón se las tuvo que masajear, supo que la Virgen había prestado atención a sus muchos ruegos, porque nada más levantarse del banco, para salir a la luz del día, ya la penumbra dentro de la catedral intentaba abrazarla, un gallardo militar la encandiló

solo con verle, cuando al alzar la vista descubrió a quién le estaba cediendo el paso.

Aquellos ojos azules como mar embravecido, algo miopes tras las gafas metálicas doradas, fijos en sus ojos negros como el azabache, grandes e interrogantes, que no lograban mirar hacia otro lado, con unas pestañas que bailaban con el parpadeo, hizo que ambos se pusieran tan nerviosos que quedaran encajados en la puerta de salida y estuvieron yendo hacia adelante y hacia atrás tan sincronizados que los codos ni se separaban, y hasta que no se pusieron de lado, cara con cara, no fueron capaces de traspasar el umbral.

Con una cortesía rayana en lo protocolario el militar hizo una ligera reverencia con la cabeza descubierta y la gorra al pecho tartamudeando que lo sentía mucho, que aceptara mil disculpas, que no había sido su voluntad, señorita. Ella de la impresión se había quedado sin habla, así que durante cinco minutos se dedicó a enviarle mensajes con los ojos. Mensajes que él correspondía.

Así los encontró un joven sacerdote cuando fue a cerrar la puerta de entrada. Se llamaba Salvador Cacho, trece meses antes había cantado su primera misa, y hacía tan solo dos de su llegada como misionero a estas tierras. Sin saber qué hacer, esperó unos minutos que se fueron alargando y alargando. Llegó a pensar que les había dado un patatús, a causa de aquellas miradas tan fijas e intensas y tocando el hombro del militar —a quien conocía de apenas una hora— le hizo volver en sí.

Entonces, fue cuando ella muy circunspecta se presentó, y feliz pudo comprobar que la Virgen seguía mostrando interés por ella: el cura era español. Charlaron unos diez minutos, ¿de dónde era?, de Tenerife, y ¿usted? Aunque nació en Valladolid, he vivido desde niño en Barcelona, donde mis padres emigraron, dijo mientras guardaba su rosario en el bolsillo. Allí me queda una hermana, la única que tengo. ¿Cuánto tiempo lleva por aquí? Acabo de aterrizar. Pues yo llevo un mes, veintiséis días y nueve horas oficiando en esta catedral hasta que me den parroquia.

Ya se adentraban en otros temas cuando se dieron cuenta que el militar de graduación estaba en la inopia, con la boca abierta sin apartar la mirada de la joven. Tras pedir perdón reanudaron el coloquio en inglés más de hora y media; y menos mal que un monaguillo vino a decirle al cura que tenía que ir a ver a una feligresa enferma, por lo que se tuvieron que despedir, disculpándose ambos por haber abusado de su bondad y de su paciencia. El padre Salvador, campechano, los animó a volver y a seguir charlando.

Creyó, la guapa tinerfeña, que el apuesto joven de elegante uniforme cubierto de medallas tomaría un rumbo distinto al suyo, pero no, como todo un caballero la acompañó hasta la pensión, con derecho a cocina, donde se hospedaba. Él estaba en la iglesia, no por motivos religiosos, sino por haber llevado un mensaje de su general a su excelencia el obispo de esa diócesis, explicó. Solicitó volver a verla y Candelas no supo ni quiso negarse.

Al día siguiente tenía el día libre y el militar la llevó a conocer la primera misión española fundada por Fray Antonio de San Buenaventura y Olivares. Paseando, hablaron de esa fortaleza que ella conocía a través de los libros, y él, entusiasmado, le decía que verla «*in situ*» valía, como mínimo, más que mil clases de historia. ¡Exagerado! Y los dos ruborizados bajaron la cabeza. A la hora del almuerzo compartieron un bocadillo de tortilla de patatas con cebolla, hecha por Candelas a primera hora de la mañana, y unas lonchas de jamón serrano que bien escondidas entre la ropa de su equipaje había traído de su preciosa isla. Uno al lado del otro, comieron con deleite y hablaron sin parar sentados en un banco frente por frente al museo de «El Álamo».

Tanto le gustó el jamón serrano al militar que ella no lo pudo ni catar.

—Tranquilo, tengo más —susurró cuando el joven pidió clemencia para su exorbitante gula.

—Es que está exquisito, no había comido nada igual— y no pudo evitar que el rubor, de nuevo, se hiciera dueño de su cara.

Pasaron todo el día juntos, dando un paseo por el río, visitando el Jardín Botánico, y como aquello les supo a poco, el atractivo galán pidió verla de nuevo a la mañana siguiente, para enseñarle otros aspectos de la ciudad y ella, casi enamorada, aceptó de inmediato, como si estuviera esperando el ofrecimiento.

Tras el sábado vino el domingo, y Candelas le pidió que la acompañara a misa y a él ni se le ocurrió confesar que no era católico, la miraba de reojo e imitaba lo que ella hacía, a punto estuvo de seguirla cuando se levantó a comulgar, algún santo, en su misericordia, vino en su ayuda y a tiempo dio marcha atrás. Así viéndose de día en día, de tarde en tarde, se hicieron inseparables.

«Al conocerle estuve a punto del desmayo, se me fue la sangre a los pies, me subió la temperatura y me temblaron los labios —escribía Candelas a sus amigas—. Tanto miedo por cruzar el Atlántico, enfrentándome a lo desconocido, a la soledad, pensando que el mundo sería gris sin amigos, y a las pocas horas de mi llegada, el destino me descubrió que el planeta podría ser de color malva como el atardecer que vislumbro por la ventana de mi habitación».

Nunca podrá olvidar el día en que tomó sus manos y apretando sus dedos en demasía, que hasta crujieron, le oyó balbucir:

«Como debes suponer soy protestante —un mal protestante, lamento decirlo— y tú eres rigurosamente católica. En voz alta suena como algo irreparable, pero nos amamos y para mí eso es lo único importante».

Se casaron en menos de tres meses, un 19 de noviembre de 1946, frente a su querida Virgen, patrona general de las Islas Canarias. Casualidades de la vida, los dos habían nacido el mismo día, el mismo año y a la misma hora, según corroboraron restando o sumando, a

ella le daba lo mismo la diferencia horaria, así que celebraron su matrimonio en la misma fecha de su natalicio, veinticinco años después.

Adiós pariente lejano, adiós orden de los franciscanos, adiós alijo de documentos históricos, proclamó Candelas a los cuatro vientos girando sobre sí misma. Con tan buen profesor y practicando de la mañana a la noche, su inglés se hizo más fluido, y aquello que pudiera haber sido importante para ella hasta el momento en que lo conoció, quedó en segundo lugar.

Adiós guerra, adiós querer imitar a los salmones, adiós a esa preciosa ciudad perteneciente a las primeras Trece Colonias, se dijo Thomas más comedido. Con tan buena historiadora y practicando cada día sobre la almohada, aprendió español, y aquello que pudiera haber sido importante para él hasta el momento en que la conoció pasó a ser secundario.

Adiós a todo, menos a separarse, vibraban estando juntos, se sentían hambrientos de amor las veinticuatro horas del día, pensaba el padre Salvador cuando los veía pasear de la mano.

En cuanto Thomas obtuvo una semana de permiso, repletos de impaciencia e ilusiones, marcharon a Philadelphia. Le daría una gran sorpresa a toda la familia, sería un minuto mágico cuando, con el orgullo brotándole por los poros, les presentara a su reciente esposa.

«Te querrán tanto como a mí. Estoy seguro».

Sí que causaron estupor. Padres, hermana, tíos y primos se reunieron en la lujosa mansión y lograron mantener el tipo mostrándose con Candelas impecables durante la larga cena, atentos pero fríos. A una señal de la madre la hermana preguntó a Candelas si le gustaría conocer la biblioteca, los primos insistieron en ver también el jardín y juntos se fueron charlando amigablemente, cerrando la puerta tras de sí con delicadeza. Los mayores pasaron al salón a tomar el café, instante en que la madre aprovechó para ponerle las orejas coloradas a su hijo, casarse sin anunciarlo, con una desconocida, el padre hizo hincapié en lo insensato de su proceder, hasta le presionó para que se dejara de sandeces y se divorciara —de inmediato— aquella mujer no le convenía en absoluto. No era de su clase social, ratificaron los tíos mirándose unos a otros.

Thomas no se dignó contestar, los observó de uno en uno como si los acabara de descubrir, fue el primero en salir de aquella sala, con sus padres y sus tíos pisándole los talones. Recogió las maletas del vestíbulo justo cuando los jóvenes llegaban, y sin dar explicaciones, ni siquiera despedirse con un adiós, pidió a Candelas que le siguiera, lo que ella hizo con expresión de desconcierto. Se alojaron en un hotel y regresaron a San Antonio al día siguiente. Allí serían felices, la abrazó él.

En los círculos familiares no se le volvió a nombrar, como si a Thomas lo hubiesen tachado con una equis en rojo del árbol genealógico, como si no hubiese existido

jamás. Solo su única hermana, Maureen, a escondidas les honraba con visitarles de vez en cuando. Llegaba cargada de regalos y se marchaba agitando un brazo, aseverando en un tono quizás demasiado amenazante que volvería. Ellos sonreían, agradecidos.

A los tres años de casados se estrenaron como padres y las cuatro hijas que tuvieron llegaron con precisión matemática, cada año, el mismo día del aniversario de boda y a la misma hora.

En aquella casa de paredes blancas el padre hablaba en inglés con sus hijas y la madre en español. Era bueno para ellas dominar los dos idiomas. Thomas era, sin percatarse de ello, profundamente estadounidense, por las noches les explicaba a sus niñas la historia de la joven América, y les inculcaba el orgullo de pertenecer a un país demócrata por naturaleza. Candelas era, a sabiendas, profundamente española, durante el día parloteaba de ese mosaico de culturas que era España, de su amor por los valles, barrancos, costa, de esa isla llamada «de la eterna primavera». Tanto les habló de su tierra que sus hijas jugaban a ser princesas guanches. Y a la mesa servía las papas arrugadas con mojo rojo que era el que a ella le gustaba, el puchero canario, el almogrote, los higos mojados con gofio, quesos frescos y como buena isleña siempre ponía algún tipo de pescado. Se acostumbraron al buen comer.

Lo que les faltó fue un hijo varón. Y si algún compañero de armas bromeando le compadecía por tantas

mujeres a su alrededor, contestaba que nunca se le ocurriría cambiarlas, sus cinco chicas reunían belleza y valor. Eran tan guerreras que le vencían con mimos.

Hasta para morir eligieron el 19 de noviembre de 1971, justo al cumplir sus primeros cincuenta años. Desde que se conocieron habían declarado ese día: «Jornada peculiar para los Evans» y se congratulaban por celebrar en una sola fecha los seis cumpleaños, resultaba mucho más económico y aclaraban para los escépticos, que no habían estudiado «ciencias exactas», que si no...